El niño y su motor soñado

Había una vez, en un pequeño pueblo rodeado de montañas y campos verdes, un niño llamado José. Desde que tenía memoria, había sentido una conexión muy especial con los motores. Su padre, que era mecánico siempre le permitía acompañarlo al taller donde José pasaba horas observando cómo las piezas de los vehículos se unían para cobrar vida.

Mientras los demás niños jugaban al fútbol o saltaban la cuerda, José se sentaba frente a un viejo motor de coche y soñaba, No soñaba con ser astronauta, ni con ser futbolista, sino con ser el mejor mecánico del mundo. Le encantaba desarmar y entender cómo funcionaban los motores, desde los más pequeños, hasta los más grandes.

Un día, mientras paseaba por el pueblo, José encontró algo que cambiaría su vida para siempre, un motor antiguo de moto completamente oxidado y cubierto de polvo. Estaba tirado junto a un cobertizo abandonado, como si alguien lo hubiera olvidado. Sus ojos brillaron al instante, y sin pensarlo lo llevó a casa.

*“Papá puedo repararlo”,* le preguntó con una sonrisa mientras mostraba el motor oxidado. El padre de José, un hombre sabio con las manos llenas de callos por años de trabajo, miró el motor y luego a su hijo, diciendo: *“Si tienes la paciencia hijo este motor te enseñará más de lo que imaginas”.*

Y así comenzó el proyecto más importante de la vida de José. Día tras día, se levantaba temprano para trabajar en su motor, pasaba horas limpiando, afinando y buscando piezas que pudieran servirle. Pero no todo fue fácil, hubo momentos de frustración cuando no lograba encajar una pieza o el motor no arrancaba. Sin embargo, el amor que sentía por los motores lo mantenía en marcha.

Un mes después, tras mucho esfuerzo el motor cobró vida. El sonido de su rugido fue como una melodía para José, quien no podía dejar de sonreír. Había reparado algo que otros pensaban que estaba perdido para siempre.

Con su moto restaurada, José decidió dar un paseo por el pueblo. Al principio, solo era él y su motor, pero pronto la gente comenzó a escuchar el sonido de la moto y se asomaron para ver de dónde provenía. Los vecinos sorprendidos por la habilidad del niño, lo aclamaron y lo felicitaron.

José no solo había restaurado un motor, sino que había encontrado su verdadera pasión. A partir de ese día, el taller de su padre se llenó de motores antiguos que José arreglaba con la misma dedicación y amor con los que había trabajado en su primer proyecto. A medida que crecía, se convirtió en el mecánico más famoso de la región, pero nunca olvidó su primer motor, ese que le enseñó que con amor y paciencia los sueños más grandes pueden arrancar.

Y así en cada motor que reparaba José, sentía la magia de la vida que había encontrado en los engranajes y pistones un mundo lleno de sonidos y posibilidades infinitas.